



LA POSIBLE Y DISPAR AYUDA ENTRE FILOSOFÍA Y ECONOMÍA EN RELACIÓN CON ALGUNOS PROBLEMAS BÁSICOS DE LA TEORÍA ECONÓMICA ACTUAL

Ignacio Falgueras Salinas - Ignacio Falgueras Sorauren

I. Introducción

Si existen dos saberes a primera vista discordes o por completo separados en las direcciones de sus temas y métodos éstos son la filosofía y la economía. La filosofía es búsqueda *pura* y desinteresada de *la* verdad, la economía es la administración práctica e interesada de los recursos humanos escasos para aumentar la riqueza. Filosofar es, como dice Leonardo Polo, «pararse a pensar», y pararse significa dejar de hacer, detener la acción, dedicando toda la atención al pensamiento^[84]. Hacer economía significa dedicar toda la atención a una actividad práctica que tiene que ver directa o indirectamente con el problema de la subsistencia, procurando el máximo rendimiento con el mínimo gasto.

Es evidente, sin embargo, que existen puntos de contacto entre la filosofía y la actividad económica. Por un lado, es cierto aquello de «*primum vivere, deinde filosofare*»^[85], es decir, lo urgente es vivir, filosofar es una tarea supererogatoria o lujosa. De lo que se deduce que la economía se requiere para poder filosofar, aunque sólo como *conditio sine qua non*, de ningún modo como principio positivo que dirija algún paso o contenido filosóficos; antes al contrario, para filosofar es preciso desprenderse de toda preocupación o interés práctico. Ahora bien, si la filosofía no puede desarrollarse, en cuanto tal, más que cuando se despreocupa de todo problema práctico —lo que supone tener resuelto de algún modo el problema de la subsistencia—, entonces todo su curso se recorrerá dejando al margen lo propiamente económico. Y, también al revés, puesto que se despliega antes y sin ser tenida en cuenta, la actividad económica no resultará influida por la filosófica: el teorizar filosófico no produce nada útil. De manera que, el primer punto de contacto entre la actividad económica y la filosofía, es más bien un punto de separación, requerido por la filosofía como previo, pero solamente lo necesario para desentenderse de él.

Mas, por otro lado, la actividad filosófica, dentro de su abstención acerca de toda positividad práctica y económica, puede tematizar desinteresadamente la economía.

La atención a los problemas que lleva consigo la comprensión de la realidad induce a la filosofía a marginar los problemas individuales y relativos a la propia subsistencia, pero no a los que exige la comprensión de la verdad, entre los cuales se incluye la propia actividad económica. De modo que, sin intervenir en su hacer, la filosofía puede dedicar parte de su esfuerzo a conocer temáticamente la economía, no para obtener beneficios, sino sólo para alcanzar el conocimiento de su verdad. Éste es el segundo punto de contacto entre ambas, que es un punto de unión, pero hecho posible únicamente desde el método filosófico, que respeta por completo la índole de lo económico al fin exclusivo de comprenderlo.

Queda patente, así, la dispar ayuda que se ofrecen mutuamente la actividad económica y la filosófica. La filosofía puede ayudar a la intelección de la economía, es decir, teóricamente, mientras que la economía ayuda a la filosofía prácticamente, y sólo prácticamente, para que pueda olvidarse de todo problema práctico y dedicarse a la búsqueda de la verdad pura. Es tal la disparidad entre ambas ayudas que no parece posible considerarla, propiamente, como una vinculación positiva entre ellas, o dicho con terminología de Leonardo Polo (1999, 164 ss.)^[86], una verdadera dualización. Por el lado de la actividad económica es obvio que no existe necesidad vinculante alguna que requiera el concurso de la filosofía para que pueda desarrollarse.

Sin embargo, la atención de la filosofía hacia la actividad económica en busca de su comprensión sí puede ser descrita como una dualización, pues dualizarse sólo implica el desdoblamiento de una actividad por referencia a otra que, en su respecto, puede o bien quedar inalterada, o bien ser puramente pasiva^[87], aunque también, en algunos casos, pueda ser desigual y dualmente activa. En la relación que estudiamos, la filosofía es la única que se dualiza con respecto a la actividad económica, pues aun siendo extraña a ella, su método es tan amplio —la búsqueda pura de la verdad— que puede desdoblarse unilateralmente y, sin salir de su propio ejercicio metódico, atender a la verdad real sobre la que se sustenta la economía^[88]. Tal dualización es una vinculación donal que ejerce sólo el polo superior de la actividad dualizadora hacia el otro polo inferior, pero sin salir de su propio operar, que es un operar inmanente. Naturalmente, la dualización de la filosofía con la actividad económica no ayuda, en principio, a ésta a ser más eficiente, sino sólo a que el hombre que hace economía comprenda mejor tanto su actividad como a sí mismo.

Aparte de lo recién indicado, y en la línea de su método, la filosofía ha incentivado, además, la aparición de las ciencias, es decir, de aquellos modos del saber que buscan la certeza *demonstrativa*. Sin la filosofía no habría nacido la ciencia, porque para demostrar hace falta partir de unos principios, y sólo la filosofía busca y conoce los primeros principios reales de todas las cosas, los principios de todos los principios. Tales primeros principios reales se cumplen siempre en el mundo, y, aunque los usen, pasan generalmente desapercibidos tanto a las ciencias como a los demás saberes. Toca a la filosofía conocerlos, pero el conocerlos no cambia nada en el mundo, porque, como he dicho, ellos se cumplen siempre. Imitando, por su parte, a la filosofía, las

ciencias buscan los principios propios de una región del saber, aquella de la que cada una se ocupa, para, a partir de ellos, poder establecer sus demostraciones o conocimientos ciertos. Por consiguiente, en su relación con las ciencias, la filosofía se comunica con disciplinas que han nacido de su propia inspiración y la imitan, por eso cabe esperar la posibilidad de una dualización mutuamente activa^[89] entre las ciencias y la filosofía, ya que unas y otra buscan principios reales, aunque de diferente alcance: la filosofía busca los primeros principios reales de todo el saber sobre el mundo, mientras que cada ciencia busca los primeros principios de su saber concreto^[90]. No acontece así con la técnica, que es un saber más primitivo que la filosofía y no busca ningún principio primero, sino —todo lo más— las aplicaciones de los principios. Por donde surge un notable problema precisamente con la ciencia empírica moderna, la cual se basa en la utilización conjunta de técnica y ciencia, por lo que en parte admite la dualización *activa* con la filosofía, en parte no.

Pues bien, considerada más como un arte (o técnica) por los antiguos y medievales, sólo tardíamente en la modernidad se ha desarrollado la Economía como ciencia. En su propio estatuto la ciencia económica contiene la mezcla de técnica y ciencia, propia de las ciencias empíricas modernas, por lo que tiende a establecer demostraciones intuitivas, que en realidad retrasan, más que favorecen, su propio desarrollo *teórico*. Lo cual no impide que haya descubierto ciertas leyes o principios de su saber, que han de ser tenidos en cuenta por la filosofía.

Si la filosofía puede dualizarse con la ciencia moderna, aprendiendo de ella los datos nuevos que incorpora, y ayudándole a abrirse a su fundamento y a su destino, eso mismo es lo que puede aportar a la ciencia económica: una mejor comprensión de su tema, de sus leyes y de las limitaciones de su método, vistos desde el fundamento y la destinación.

II. Conveniencia de la ayuda de la filosofía a la Economía

Una vez clarificada, en líneas generales, la posible ayuda que la filosofía puede prestar a la Economía (como ciencia) la cuestión que abordamos a continuación es la siguiente: en la actualidad, ¿está especialmente necesitada la Economía de dicha ayuda o, por el contrario, puede decirse que dicha colaboración, aunque bienvenida, no es urgente?

A grandes rasgos, nuestra respuesta es que dicha ayuda es apremiante, porque la ciencia económica actual está sumida en un estado de perplejidad. No obstante, esta apreciación requiere ser precisada en, al menos, dos sentidos. En primer lugar, y para evitar posibles equívocos, hemos de aclarar el uso que hacemos del término «perplejidad» para describir el estado de la ciencia económica actual. En segundo lugar, y dado que en la ciencia económica actual existen distintas formas de entender (y de hacer) la teoría económica, que cristalizan en distintas escuelas de pensamiento

económico, conviene especificar si este estado de perplejidad es aplicable a todas ellas o sólo a algunas (y, en este caso, a cuáles).

II.1. Algunas precisiones conceptuales

Comencemos por el segundo punto. En lo que sigue, emplearemos el término «ciencia económica» para designar exclusivamente a la forma de hacer Economía más extendida en la actualidad, la comúnmente conocida como escuela «neoclásica» u «ortodoxa». Por lo tanto, excluimos de nuestra consideración otras escuelas de pensamiento que tienen cabida en la ciencia económica como, por ejemplo, la escuela austríaca o los institucionalistas. Tras esta primera precisión, y dado que, como han señalado algunos economistas^[91], la denominación de «neoclásica» u «ortodoxa» – aunque de uso común – no refleja correctamente lo que es la corriente principal de pensamiento en la teoría económica de hoy, conviene afinar aún más el sentido que le vamos a dar al término Economía o ciencia económica. Así, cuando utilicemos el término Economía, vamos a referirnos a la «Teoría Microeconómica» o «Microeconomía» a secas, que es la hija de la teoría neoclásica cuyos orígenes se pueden remontar a los autores marginalistas: Jevons y, principalmente, Walras y Marshall.^[92]

Pasemos ahora al punto primero, esto es: a precisar el sentido en el que usamos el término perplejidad. Entendemos por perplejidad aquella situación en que se encuentra una ciencia cuando al desarrollar su propia metodología cae en contradicciones insolubles y, a la vez, inevitables, lo cual la hace desembocar en su paralización como saber (perplejidad). Aplicamos este término por analogía entre el estado de la Economía actual y aquel en el que cayó Kant al aplicar su método filosófico cuando intentaba resolver los problemas de la cosmología, y cuyo resultado fue la paralización del saber. Como explica I. Falgueras, Kant entró en perplejidad cuando se percató de que con la imitación del método matemático en la cosmología no era posible resolver las antinomias – esto es, pares de proposiciones contradictorias entre sí, que podían ser igualmente válidas por razón de su fundamento, y que surgían al intentar responder cuestiones insoslayables.

Se trata, por lo tanto, de un uso analógico del término, y como tal debe entenderse: no estamos proponiendo que los economistas se encuentren paralizados en su saber en el sentido de que, al igual que le ocurría a Kant con la metafísica, reconozcan la imposibilidad de dar respuesta a algunas cuestiones insoslayables de la ciencia económica. Al contrario, lo común es encontrar que cada economista en particular propone una defensa del método de la Economía y prosigue con la aplicación del mismo a distintas cuestiones, con mayor o menor (o nulo) éxito dependiendo de qué tipo de cuestiones trate de estudiar. La antinomia aparece cuando nos percatamos de que en el panorama que se dibuja en la teoría microeconómica actual es posible encontrar economistas que sostienen posiciones

totalmente opuestas entre sí – y obviamente utilizando el mismo método de la Microeconomía. Es en este sentido en el aplicamos la anterior analogía a la teoría económica: de modo impropio y traslaticio puede sostenerse que la Microeconomía se encuentra perpleja en tanto en cuanto no proporciona a los Economistas los medios para resolver algunas cuestiones cuyo planteamiento es inevitable.

Una vez hechas estas precisiones terminológicas, la perplejidad en la Economía se puede detectar en al menos dos momentos d, de los cuales procederemos a explicar uno.

II.2. La relación teoría económica-realidad.

Cuando los economistas nos planteamos el sentido de nuestras investigaciones, podemos encontrar en el panorama de la ciencia dos posiciones contrapuestas. Por un lado, están aquellos autores que, utilizando modelos construidos según las reglas de la microeconomía, llegan a la conclusión de que este método es lo suficientemente potente como para explicar cualquier aspecto de la vida humana e incluso de la vida animal o de la biológica. En este primer grupo se encuentran aquellos autores que defienden lo que se ha venido a conocer como «Imperialismo Económico», esto es, los que sostienen que la ciencia económica se caracteriza exclusivamente por su método y no por su tema. Exponentes claros de esta forma de entender la economía son Becker y Hirshleifer quienes, entre otras propuestas teóricas, han sido los pioneros de lo que hoy se conoce como el análisis económico de la familia (que estudia desde la Microeconomía las decisiones que se toman en la familia: desde la de fundarla o casarse hasta la de tener hijos), el análisis económico del derecho, el análisis económico de las adicciones, el análisis económico de la religión, el análisis económico del conflicto y la economía biológica o Bioeconomía.^[93]

En el extremo opuesto nos encontramos con aquellos economistas que dudan de la capacidad de la ciencia económica para iluminar siquiera los problemas que tradicionalmente se consideran como propios. Dentro de este grupo encontramos economistas tan destacados como el premio Nobel Wassily Leontief, quien ya en su discurso ante la *Asociación Americana de Economía* de 1970 se lamentaba de que la ciencia económica estaba perdiendo relevancia, esto es capacidad, para resolver problemas prácticos, como consecuencia de la excesiva matematización y del gusto por la formalización propios de los economistas actuales^[94]. Un par de décadas más tarde, quejas similares sobre el abuso de las matemáticas y la relevancia de la teoría económica son formuladas, esta vez, por economistas de la talla de Friedman (1991), Baumol (1991) o Blaug (1998). Además de estos casos de lo que podríamos denominar escepticismo parcial existen casos más extremos que muestran un escepticismo total acerca de la capacidad de la ciencia económica para explicar y entender la realidad. Sirva como un primer ejemplo de estos casos la anécdota personal que cuenta Robert Sudgen (2000) de cómo en los descansos de los congresos de Economía le ha sucedido,

en más de una ocasión, que otros colegas le reconocían en privado que lo que hacemos los economistas no es más que un modo de ganarse la vida, pero no sirve para conocer la realidad. Aún más llamativas, y quizás más representativas del escepticismo extremo al que nos estamos refiriendo, son las dudas sobre la relevancia de la teoría microeconómica expresadas por A. Rubinstein en su discurso ante la Sociedad de Econometría en 2004. Dada la relevancia internacional de este autor y la fuerza del texto, merece la pena leer su comienzo:

“(…) este escrito contiene una pregunta de fondo que me hago de forma obsesiva: ¿qué diablos estoy haciendo?, ¿qué intentamos lograr los economistas teóricos? En esencia, jugamos con juguetes a los que llamamos «modelos». Nos permitimos el lujo de seguir siendo niños durante toda nuestra vida profesional y, además, nos pagan bien por ello. Nos llamamos economistas y el público piensa ingenuamente que mejoramos el funcionamiento de la economía, aumentamos la tasa de crecimiento o evitamos las catástrofes económicas. Por supuesto, podemos justificar esta imagen repitiendo algunos de los eslóganes sonoros y fantásticos que usamos en nuestras propuestas para obtener subvenciones. Pero, ¿creemos de verdad en esos eslóganes? (…). Mi mayor dilema está entre mi atracción por la teoría económica y mis dudas sobre su relevancia”.^[95]

Aunque al final del discurso Rubinstein intenta ofrecer una solución a sus dilemas, dicha solución tampoco deja muy bien parada a la teoría económica, ya que su conclusión es que lo que hacemos los economistas es contar fábulas o cuentos de hadas – que tienen alguna relación con la realidad, pero no se sabe muy bien cuál.

Resumiendo todo lo anterior, en la Economía se perfila una primera antinomia: se dan respuestas contradictorias a la cuestión inevitable de la validez real del método económico. Por un lado, el imperialismo, o sea, la extensión generalizada del método a cualquier dimensión de lo real; por otro, el escepticismo, o sea, la descalificación del método para conocer ni tan siquiera la realidad económica.

III. Un par de distinciones básicas

Una ayuda fundamental que puede aportar la filosofía a los científicos, y más en concreto a los economistas, es la de hacer comprender que el saber humano no es simple, sino dualizante. Ninguna ciencia puede ser ni descrita ni ejecutada por su solo método, sino que requiere para su posibilidad racional como ciencia tener, por un lado, un *tema* y, por otro, un *método* propios^[96]. Por ejemplo, la Medicina es definida en el *Diccionario de la Real Academia*^[97] como “la ciencia y el arte de precaver y curar las enfermedades del cuerpo humano”. Su tema son las enfermedades del cuerpo humano, su método es, por una parte, científico-experimental (ciencia), y, por otra parte, es arte, el de saber aplicar a cada individuo humano el tratamiento adecuado. Si sólo tomáramos en cuenta el método, quedaría igualada con la Veterinaria, que en el mismo diccionario se define como “Ciencia y arte de precaver y curar las

enfermedades de los animales”. La diferencia entre ambas definiciones salta a la vista: la una estudia y trata a los hombres, la otra a los animales. Se diferencian por sus temas, no por sus métodos, que podrían aplicarse igualmente a unos y a otros. El tema es, pues, *el área o campo de lo real en el que se inscribe aquello a lo que un saber presta su atención*. El método es *el modo o enfoque con que se considera o trata ese tema*.

Es un requisito elemental de racionalidad no confundir el método con el tema. Confundir el modo de estudiar con lo estudiado es una demostración de inmadurez en el saber, muy común entre los científicos. Lo estudiado es una dimensión de la realidad, el estudiar es una dimensión del saber, o sea, de aquella actividad que sabe, se sabe y atiende a la realidad. Si estudio las habas, no son las habas las que estudian, sino lo estudiado. Sin embargo, muchos científicos que estudian, por ejemplo, las células o los genes, creen que son las células y sus genes los que estudian y, a la vez, lo estudiado. Pero es obvio que los genes y las células ni estudian, ni hacen hipótesis o experimentos, ni describen a los científicos. Repito: la condición mínima para que un saber sea maduramente riguroso es no confundir la actividad de saber, una de cuyas formas es el aprendizaje, la investigación o el estudio, con lo iluminado por ella. Cuando ambos extremos no se confunden, entonces salta a la vista que el saber no es monolítico, sino que es una actividad que admite muchos modos de despliegue, tanto por el lado de los temas^[98], como —más aún— por el lado de los métodos^[99].

En consecuencia, la Economía no puede ser una ciencia sólo por su método, sino que ha de serlo también por su tema. Pretender curar enfermedades con el método económico sería tan insensato como pretender sanear la economía eliminando un lóbulo cerebral a toda la población. Si entendemos por Economía lo que sugiere Robbins, a saber, la ciencia que estudia la mejor manera de asignar recursos escasos a usos alternativos^[100], entonces su tema será la escasez de los recursos para satisfacer las necesidades humanas, mientras que su enfoque o método será la administración óptima de los mismos. Para que sea una verdadera ciencia, la Economía ha de restringir sus ambiciones de saber al campo que le es propio, y que, por lo demás, no se deja fácilmente dominar, a saber: la diferencia entre los recursos escasos y las necesidades y deseos del hombre.

Pero, además, la filosofía puede mostrar que no sólo se han de distinguir los temas de los métodos, y viceversa, sino que los métodos han de acomodarse a los temas, no al revés. No cualquier tema puede ser tratado con cualquier método, antes bien cada tema requiere un modo ajustado de enfocarlo. Esto significa que no existe un único método general para estudiar y comprender todos los temas. Precisamente, ésa ha sido la pretensión de la filosofía moderna, cuyo lema más amplio y ambicioso suena así: «o se sabe todo, o no se sabe nada»^[101]. Queriendo saberlo todo, la filosofía moderna esperaba alcanzar su objetivo merced a la generalización del método, o sea, a la obtención de un método único y valedero para todo.

Al fracaso de las pretensiones de un método único estamos asistiendo en nuestros días. La posmodernidad, aunque ella misma no siempre lo dice así, en el fondo no es más que el reconocimiento de la imposibilidad de entender todas las cosas con un solo método. Hoy se habla mucho de «pluralismo», pero el verdadero pluralismo no puede ser la arbitrariedad, el «todo vale»^[102], ni la marcha atrás en el saber, sino el reconocimiento de que cada tema requiere un modo de enfoque apropiado, que lo trate y entienda adecuadamente. Pluralismo sí, pero no pluralismo de «la verdad», o relativismo, sino pluralismo de los temas y de los métodos para acercarnos a ellos^[103].

En cierto modo se puede decir que la ciencia económica representa uno de los últimos vástagos de la modernidad. En un escrito presentado también en Madrid hace ya bastantes años por I. Falgueras Salinas (1988, 98 ss.), expuso cómo cuando un saber se quiere emancipar del saber que le es superior, con toda lógica se le rebelan los que le son inferiores, pues por la misma razón que el primero quiso independizarse, el que le es inferior quiere independizarse de él y hacer sus veces. Así comenzó la modernidad, primero, queriendo emancipar la religión respecto de la revelación, y reduciendo la revelación a mera religión; pero al poco tiempo, la ética quiso a su vez emanciparse de la religión, presentándose como la única y verdadera religión natural. Y cuando defendía su causa emancipatoria, a la ética se le rebeló la política, que quiso convertirse en la única forma racional de moralidad; pero cuando la política estaba en esas, justo la Economía quiso convertirse en Economía política, intentando emanciparse de ella y sustituirla, al menos parcialmente.

Pues bien, precisamente en el momento en que todas las demás ciencias tradicionales se están volviendo más o menos humildes, a la Economía, como llegada más tarde, le han entrado los aires de grandeza que en otro tiempo tentaron a las demás y las han llevado a la desorientación actual. Esos aires casi siempre fueron acompañados de la falsa seguridad que les daba el uso de las matemáticas o su imitación científica.

Cuando se pretende aplicar el método de la Economía a la biología, puede acontecer que se acepte algo tan absolutamente absurdo como decir que en realidad la gallina no es más que un medio que utilizan los genes para optimizar su reproducción, que es lo que sostienen ciertos socio-biólogos^[104]. Pero no menos absurdo es plantear la planificación familiar como si se tratara de una inversión monetaria, o pretender reducir la religión a un juego de mercado entre la oferta y la demanda de servicios religiosos, o también pretender explicar la racionalidad (económica) del suicidio y de las infidelidades matrimoniales. El imperialismo económico no ha llegado a descubrir que no es la arbitrariedad de los métodos la que manda sobre los temas, sino la riqueza de éstos la que obliga a la variedad de aquéllos.

La Economía no sólo debe abandonar los absurdos del imperialismo económico, sino que debe retomar el contacto directo con su tema propio y, olvidándose de generalizaciones grandilocuentes, aplicarse a considerarlo de modo adecuado, en lo

que va implícito el tomar en cuenta que depende de la libertad y de las virtudes de los hombres.

IV. Otras vías de colaboración entre la filosofía y la economía.

Además de la importante tarea de ofrecer modos de adecuar el tema y el método de la Economía, la filosofía puede ayudar a esta última de otras formas, de las que aquí señalaremos una, que tiene la peculiaridad de ser la que estamos prosiguiendo nosotros en nuestras investigaciones.

En concreto, algunas de las ayudas principales deben afectar a la comprensión adecuada de aquellas nociones que acompañan siempre a la ciencia económica porque forman parte de su tema, pero que no han podido ser fijadas con precisión y claridad desde los distintos métodos que se han utilizado en Economía. Entre otras, por ejemplo, tenemos las nociones de riqueza y pobreza, trabajo y ocio, producción-consumo, etc.

Por ejemplo, la pobreza es definida en Economía de varias maneras: puede ser considerada como «pobre» toda familia que tenga ingresos inferiores a un tercio de los que son necesarios para tener una alimentación adecuada; o bien aquella familia que tenga menos de la mitad de los ingresos medios de su país; o también aquellas familias cuyos ingresos caen dentro del último percentil de la distribución de la renta de un país. Todos estos conceptos son claramente arbitrarios para la teoría, de manera que son imprecisos desde su consideración nocional, pues ninguno de ellos nos dice en qué consiste la pobreza, sino sólo cómo se puede medir y no de un modo preciso. De manera correlativa, tampoco se puede precisar en Economía qué es la riqueza. La tendencia de los economistas es la de desarrollar medidas cada vez más sofisticadas, pero no por eso más intensamente cognoscitivas. La ayuda que puede prestar la filosofía es, ante todo, la de ampliar los planteamientos. Las nociones de racionalidad, riqueza-pobreza, trabajo-ocio, producción-consumo, etc., tienen un trasfondo antropológico que necesita ser esclarecido y puede servir de base para entender correctamente las nociones mencionadas.

Para que este tipo de ayuda por parte de la filosofía pueda ser llevada a cabo con fruto, es imprescindible por parte de la Economía recuperar la historia del pensamiento económico como fuente de conocimientos teóricos. Los problemas de la Economía actual que hemos mencionado derivan en buena parte del hecho de que, a imitación de las ciencias empíricas y, en general, de las que usan las matemáticas, la ciencia económica ha marginado el conocimiento y aprecio de la historia de sus ideas. Se suele creer que, por haber sido pensados en el pasado, los conocimientos de nuestros antecesores no están a la vanguardia de la ciencia, ni su consideración aporta nada nuevo a ella. De modo que se suele reservar su estudio sólo a la curiosidad de los historiadores. Tal como la entiende Leonardo Polo y la entendieron los grandes filósofos que nos han precedido, la filosofía enseña, por el contrario, que todo cuanto

ha sido pensado por el hombre sigue teniendo vigencia y relevancia, siempre que se sepa referir a los problemas reales o a la búsqueda de la verdad. En el despliegue de la Economía se han ido y se van descubriendo conceptos básicos de la ciencia, algunos de los cuales fueron ya planteados en épocas pasadas, pero que no por eso dejan de estar vigentes en nuestros días. Si no los tenemos en cuenta, nos veremos obligados una y otra vez a planteárnoslos desde cero, corriendo el peligro de repetir, sin saberlo, los mismos planteamientos del pasado, sin que avance un ápice nuestro conocimiento de la realidad. En cambio, si tenemos en cuenta los planteamientos y conceptos alcanzados en el pasado, y los comprendemos mejor, podremos obtener nociones más precisas que no sólo nos den un conocimiento más alto de lo que hacemos, sino que permitan ingeniar, incluso, nuevos modos y más ajustados de medir las relaciones económicas.

V. Conclusión

En la exposición anterior ha quedado destacado el estado de la cuestión y sólo apuntadas algunas ayudas de la filosofía requeridas con urgencia por la Economía. El carácter urgente de tales requerimientos a la filosofía viene dado por la situación disparatada e incluso antinómica en que se halla en nuestros días la teoría económica. La solución que hemos propuesto se resume en una indicación: la teoría económica no puede pretender no ya que su método sea válido para todos o los más diversos temas del saber, sino ni tan siquiera que, olvidando su tema propio, en ella exista un único método, porque, en efecto, se requieren varios para poder comprender la complejidad de la actividad económica y sus manifestaciones. Las antinomias aparecen en ella porque la teoría económica dominante da por supuesto, erróneamente, que se puede entender con un único método, el de la teoría microeconómica, cualquiera de los problemas de la Economía e incluso cualquier tema.

Pero, naturalmente, son posibles muchas otras confluencias de ambos saberes. El libro *Filosofía y economía* de Leonardo Polo ofrece una amplia muestra de tales confluencias. Nosotros, inspirados en la filosofía de LP, intentamos contribuir al avance en el conocimiento de la economía real de varios modos. Por un lado, Ignacio Falgueras Salinas trabaja en el desarrollo de una filosofía del dar como actividad propia de la persona. El dar como actividad radical de la persona afecta obviamente también a la operatividad económica, no sólo como una forma de comunicación más radical que la del intercambio, sino como una manera de humanizar a esta última. Por otro lado, Ignacio Falgueras Sorauren elabora las nociones de trabajo, ocio, necesidad, utilidad, riqueza, pobreza, mercado, etc., usadas en Economía, tomando en consideración las aportaciones históricas de los pensadores que nos precedieron, desde el enfoque metódico poliano. Y, además, los dos, conjuntamente, estamos estudiando el modo correcto de enfocar el tema central de la teoría económica, a saber, la noción de escasez, haciendo uso, a ese fin, del método de las dualizaciones de

Leonardo Polo. Y todo esto no es más que un minúsculo ejemplo de lo que está por hacer.

VI. Bibliografía

Aristóteles: *Metafísica*, trad. V.García Yebra, Gredos, Madrid, 1970.

Aristóteles: *Ética Nicomaquea, Ética Eudemia*, trad. J. Pallí Bonet, Gredos, Madrid, 1985.

Baumol, William J.: "Toward a Newer Economics: The Future Lies Ahead!", *Economic Journal*, 101(404), 1991, 1-8.

Becker, Gary S.: *The Economic Approach to Human Behavior*. Chicago: The University of Chicago Press, 1976.

Becker, Gary S.: *A Treatise on the Family*, Harvard U. Press, Cambridge, Mass., 1991 (enlarged ed.).

Becker, Gary S.: "The Economic Way of Looking at Behavior", *Journal of Political Economy*, 101(3), 1993, 385-409.

Blaug, Mark: "Disturbing Currents in Modern Economics", *Challenge*, 41(3), 1998, 11-34.

Colander, David: "The Death of Neoclassical Economics", *Journal of the History of Economic Thought*, 22(2), 2000, 127-143.

Colander, David; Holt, Richard; Rosser, Barkley: "The Changing Face of Mainstream Economics", *Review of Political Economy*, 16(4), 2004, 485-499.

Dow, Sheila: "Variety of Methodological Approach in Economics", *Journal of Economic Surveys*, 21(3), 2007, 447-465.

Falgueras Salinas, Ignacio: *Hombre y destino*, Eunsa, Pamplona, 1998.

Falgueras Salinas, Ignacio: "La contribución de Espinosa al idealismo moderno", *Anuario filosófico*, XI, 1978, 59-74.

Falgueras Salinas, Ignacio: "Ideas filosóficas de la Ilustración", en AA.VV. *Carlos III y la Ilustración*, Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, Madrid, 1988, vol. I, 95-122.

Falgueras Sorauren, Ignacio: "The Essence of Economics Imperialism: Uncovering the Defining Features of this Way of Conceiving and Doing Economics", *Pro Manuscripto*, 2012.

Friedman, Milton: "Old Wine in New Bottles", *Economic Journal*, 101(404), 1991, 33-40.

Hirshleifer, Jack: "Economics from a Biological Viewpoint", *Journal of Law and Economics*, XX(1), 1977, 1-52.

Hirshleifer, Jack: "Natural Economy vs. Political Economy", *Journal of Social and Biological Structures*, 1(4), 1978, 319-337.

Hirshleifer, Jack: "The Expanding Domain of Economics", *American Economic Review*, 75(6), 1985, 53-68.

- Leontief, Wassily:** "Theoretical Assumptions and Nonobserved Facts", *American Economic Review*, 61(1), 1971, 1-7.
- Piá Tarazona, Salvador:** *El hombre como ser dual*. Eunsa, Pamplona, 2001.
- Polo, Leonardo:** *Curso de Teoría del conocimiento II*. Eunsa, Pamplona, 1985.
- Polo, Leonardo:** *Antropología trascendental I*. Eunsa, Pamplona, 1999.
- Polo, Leonardo:** *Quién es el hombre*, Rialp, Madrid, ⁵2003.
- Real Academia Española de la Lengua:** *Diccionario de la lengua Española*, ²²2001 (<http://www.rae.es/drae/>).
- Robbins, Lionel:** *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*, MacMillan, Londres, ²1962.
- Rubinstein, Ariel:** "Dilemmas of an Economic Theorist", *Econometrica*, 74(4), 2006, 865-883.
- Schelling, F.W.J.:** *Aus der Allgemeinen Uebersicht der neuesten philosophischen Literatur*. F.W.J. Schelling Werke. Herausgegeben von M.Schröter, München (Münchener Jubiläumsdruck), 1798, reedición de 1927, Band I.
- Sudgen, Robert:** "Credible Worlds: The Status of Theoretical Models in Economics", *Journal of Economic Methodology*, 7(1), 2000, 1-31.
- Tomás de Aquino:** *Summa Theologiae (ST)*, B.A.C., Madrid, 1961.
- Wilson, E. O.:** *Sociobiology. The New Synthesis*. Belknap, Cambridge, etc., 1975.

^[84] Cfr. Polo (1985, 75).

^[85] "Primero vivir, después filosofar". La idea de fondo de esta sentencia tradicional es una forma sencilla de expresar lo mismo que decía Aristóteles: lo que hacen los filósofos no tiene utilidad alguna, porque no buscan el interés humano (Ética Nicomaquea, VI, 1141b 5 ss.), por eso la filosofía es la última de las ciencias y la menos necesaria, pero la mejor de todas (*Metaph I*, 982b22 y 983a10).

^[86] Véase también S. Piá (2001).

^[87] Por ejemplo, la dualización del ser del hombre con el ser del mundo es unilateralmente activa por parte del co-existir humano, sin que resulte afectado el ser del mundo. También la dualización alma-cuerpo es unilateralmente activa por parte del alma, pero el cuerpo es, al respecto, pasivo.

^[88] El desdoblamiento, en este caso, consiste en tener en cuenta el tema y el método ajenos sin perder los propios.

^[89] No se sobreentienda que la mutua actividad sea igualitaria u homogeneizante, pues toda dualización humana es jerárquica.

^[90] Cfr. Tomás de Aquino, *ST I*, 1, 8 c: "las ciencias inferiores ni prueban sus principios ni disputan contra los que los niegan, sino que dejan eso a la ciencia superior; pero la suprema entre ellas, a saber, la metafísica, disputa contra el que niega sus principios, si el adversario concede algo; pero si no concede nada, no puede disputar con él, sin embargo puede deshacer las razones del mismo" (*Sed tamen considerandum est in scientiis philosophicis, quod inferiores scientiae nec probant sua principia nec contra negantem principia disputant, sed hoc relinquunt superiori scientiae; suprema vero inter eas, scilicet metaphysica, disputat contra negantem sua principia, si adversarius aliquid concedit: si autem nihil concedit, non potest cum eo disputare, potest tamen solvere rationes ipsius*).

^[91] Véase, por ejemplo, Colander (2000), Colander Holt y Barkley (2004) y Dow (2007).

^[92] Aunque una explicación detallada de este punto está tratada en un trabajo aparte (concretamente en Falgueras Sorauren, 2012) podemos intentar precisar aquí de forma muy esquemática cuáles son las características principales de la Microeconomía. La «Teoría Microeconómica» es un método particular de hacer teoría económica que se caracteriza por: (i) buscar las respuestas a todas las cuestiones que el investigador pueda plantearse mediante la construcción de modelos, (ii) tener unas pautas específicas que han de seguirse a la hora de construir dichos modelos, y que consiste básicamente en: (ii.1) el punto de partida del análisis debe ser siempre las preferencias, las dotaciones iniciales de los agentes y la tecnología, (ii.2) utilizar el concepto de equilibrio en, al menos dos momentos del proceso de razonamiento; para (a) obtener las acciones óptimas de los agentes y (b) explicar cómo se coordinan las acciones de todos los individuos para determinar el valor agregado de la(s) variable(s) que el investigador está interesado en estudiar; (iii) utilizar las matemáticas como herramienta principal en el proceso de construcción de estos modelos y verificación empírica de las conclusiones derivadas de los mismos. Como consecuencia de la aplicación de este método, los valores que toman las variables agregadas pueden ser explicados en función de las respuestas óptimas de los agentes individuales ante cambios en sus restricciones – lo que se vulgarmente se enuncia en la economía con los lemas “los incentivos cuentan” o “los incentivos determinan el comportamiento”.

^[93] El lector interesado en conocer más en profundidad los planteamientos de ambos autores puede referirse a Becker (1976, 1991, 1993) y Hirshelifer (1977, 1978, 1985).

^[94] Cfr. Leontief (1971,1-3)

^[95] Cfr. Rubinstein (2006, 865).

^[96] La razón de esta distinción es antropológica. Cfr. I. Falgueras Salinas (1998, 174).

^[97] Véase RAE.

^[98] Los temas reales no suelen poder ser abarcados por una única ciencia, sino que requieren el concurso de varias.

^[99] Los métodos solos tampoco tipifican a una ciencia, sino la conjunción dual de tema y método.

^[100] Cfr. Robbins (1962, 12-16).

^[101] Cfr. F.W.J. Schelling (1798/ 1927, 385) *Aus der Allgemeinen Uebersicht der neuesten philosophischen Literatur*, B. I, Schelling Werke, I, Münchener Jubiläumsdruck, 1927, 385 [Schellings sämtliche Werke, K.F.A. Schellings, I, 461]. Véase I. Falgueras Salinas (1978, 63-64).

^[102] El «todo vale» es un modo de confundir los criterios de verdad y de bondad con el del éxito. Como suele decir LP, “todo éxito es prematuro”, o lo que es igual, una victoria pírrica, porque es parcial y pasajero, por contraposición al triunfo final y completo de la persona sancionada por Dios en la próxima vida. Cfr. L. Polo (2003, 128).

^[103] En la Economía hay quienes defienden el pluralismo metódico, pero sin tener en cuenta las diferencias entre los temas. Por lo general, muchos científicos creen que los métodos se usan y se tiran, según el éxito del momento, que a veces se mide sólo por la acogida social (éxito). Nosotros no nos referimos a ese tipo de métodos, sino al modo de enfocar o pensar un tema en el saber.

^[104] Cfr. Wilson (1975, 3-6).